

la Escultura



en el espacio urbano

GASPAR GALAZ — MILAN IVELIC

Se piensa habitualmente que la escultura en la ciudad sólo tiene validez cuando se erigen ciertas obras recordatorias de hechos históricos o personajes ilustres; en una palabra, lo que suele llamarse el monumento conmemorativo. Generalmente, se lo ubica en ciertos lugares que se consideran como los más apropiados para su exhibición pública: la plaza, el centro cívico o el mismo sitio donde ocurrieron los hechos que el monumento tiene por misión recordar.

Nadie pone en duda la legitimidad de este tipo de proposición escultórica, que tiene por objeto mantener viva la memoria de figuras destacadas de la vida pública del país, o bien, de recordar hechos importantes del acontecer nacional, que es conveniente preservar del olvido para testimoniar el sentido histórico de un pueblo, cuyo devenir ha sido posible en muchos casos a acontecimientos relevantes.

Sin embargo, pareciera que con el afán de objetivar el recuerdo histórico, el monumento que lo perpetúa tiene

que ceñirse a formas volumétricas que coincidan exactamente con las concepciones plásticas del pasado que se rememora, olvidando la dinámica del proceso creador, que origina formas que no permanecen congeladas en el tiempo ni estáticas en el espacio. El monumento tiende a instrumentalizarse en beneficio de la temática hacia la cual está dirigido y relega o simplemente omite su propia riqueza volumétrica, para relatar e informar la mente del contemplador sobre un suceso o un personaje.

Esta concepción del arte en el espacio obedeció a una actitud en consonancia con los intereses y gustos imperantes en el siglo pasado en los círculos oficiales del quehacer artístico europeo y nuestro país no escapó a esos esquemas; más aún, muchas obras que todavía existen fueron encargadas al Viejo Continente.

Se mantuvo una concepción del arte que no tenía relación con los cambios vertiginosos acaecidos en el mundo de la plástica después de los primeros decenios del siglo XX. No se consideró tampoco a la escultura en su rela-

artes plásticas

ción directa con el espacio urbano, que comenzaba a modificar con igual velocidad su rostro y sus funciones, tratando de acomodarse a los nuevos imperativos de una sociedad tecnológica cuyos instrumentos provocaban cambios insospechados y no suficientemente planificados.

Al recorrer nuestras ciudades apreciamos que el monumento aparece como yuxtapuesto en un lugar del espacio urbano; no se ha entendido la presencia del volumen como integrado a él; como una solicitud o invitación del propio espacio urbano, que contribuya a humanizarlo.

Por lo demás, el habitual monumento sólo adquiere presencia y sentido cuando corresponde celebrar la efeméride que conmemora o el aniversario que corresponda. Pero, durante el resto del año ese monumento que pretendía mantener vivo el recuerdo cae igualmente en el olvido.

¿Dónde está entonces su vigencia? ¿De qué manera el personaje, el hecho histórico o el acto heroico se perpetúan? Son interrogantes que no tienen respuesta. El carácter de estas obras es tan marcadamente referencial, tan estrechamente unidos a la representación, que son incapaces de prolongar en la piedra, el mármol o el bronce las acciones humanas que pretenden reflejar. Sin el conocimiento previo del personaje o del suceso, la escultura carece de sentido y no es capaz de "hablar" por sí misma. En estas condiciones, ni la escultura se valora por sus propias cualidades ni el espacio urbano se considera capaz en sí mismo para contener el volumen: éste se condiciona al tema y aquél al monumento específico.

No se trata, por cierto, de renunciar a la historia y por ende al monumento conmemorativo. El camino del artista que comprende la riqueza plástica de la escultura es el de la superación del historicismo mediante una recreación de la historia. Los escultores verdaderamente creadores se interesan por la tradición exactamente como los conservadores, pero se diferencian de éstos porque no renuncian a su fuerza imaginativa y pueden mirar con ojos nuevos todo el patrimonio histórico.

Mientras la ciudad se adecuaba al nuevo ritmo de la vida en consonancia con los nuevos tiempos, y adquiría notable importancia el planificador urbano y se solicitaba al arquitecto que desplegara su ingenio e imaginación, proponiendo "espacios funcionales" y "formas englobantes" para hacer frente al desafío de construir en las ciudades que crecían vertiginosamente, la escultura, en cambio, como presencia igualmente dinámica en el espacio exterior, no tenía cabida. El escultor quedó relegado a la intimidad de su taller y sus obras a la contemplación de un pequeño público dentro de algunos recintos; sólo se le considera cuando alguien decide levantar un monumento cuyo sentido y lugar están previamente determinados. Y mientras se atiborran en su taller obras que nadie mira, la ciudad presenta espacios que bien podrían ser núcleos de contemplación y reflexión del transeúnte.

En su afán de acoger el producto fabricado por la tecnología, la ciudad ha hecho múltiples concesiones a su entorno para que se entronice ese producto y, en la misma medida, ha relegado el resultado de la creación artística.

De esta manera, el habitante de la ciudad se atrofia en sensibilidad y en capacidad contemplativa al reemplazarse la obra de arte por el producto "bien hecho", fácil de asimilar y sin provocar asombro alguno al espectador. Así, la existencia del hombre en la ciudad transcurre en un puro adquirir o manipular productos,

situándose en un mundo de cosas y no en un mundo de valores: se interroga sobre el valor de las cosas, pero olvida interrogarse sobre el valor de sí mismo. Indiferente a todo cuanto diga relación con el sentido de la vida ordena el espacio urbano, omitiendo la presencia del objeto artístico que apunta justamente al centro mismo de su existencia.

De ahí que cuando se habla de la escultura en la ciudad, se quiere decir algo más que el simple hecho de colocar una estatua en una plaza pública como simple motivo decorativo, como elemento complementario destinado a llenar un lugar o como testimonio de personajes o hechos históricos de interés nacional o internacional.

La presencia de la escultura en el espacio público obedece a razones mucho más profundas: si el hombre es el primer actor de la ciudad, hay que ofrecerle un escenario digno para que se mueva con soltura, amplia libertad y como verdadero protagonista. Si este escenario ha sido el fruto de la capacidad humana de hacer habitable el espacio natural o, lo que es lo mismo, de humanizarlo, es preciso evitar los excesos en los que se incurre frecuentemente y que terminan por hacer de esta gran vivienda de la familia humana, algo carente del fin que se persigue: facilitar la vida en todas sus dimensiones.

Una de esas dimensiones es la capacidad creativa del ser humano que se exterioriza a través de sus obras y, entre ellas, de la escultura, que tiene la ventaja sobre otras manifestaciones artísticas la de no requerir necesariamente un resguardo en recintos cerrados para evitar su deterioro.

La obra escultórica en el espacio público obliga a quien la contempla a detenerse: mirará con estupor algo insólito y desusado y su asombro no terminará allí; tenderá que recorrerla, tocarla para apreciar táctilmente su textura, retroceder para mirarla a distancia. Su estupor llegará al límite cuando se percate de que lo que está contemplando no lo relaciona con nada conocido, recordado u observado con anterioridad. Su imaginación tendrá que actuar para penetrar en la aventura visual que inusualmente le ofrece la ciudad. ¡Curiosa paradoja! Habitualmente, el habitante de la ciudad no siente ningún asombro ante los revolucionarios diseños que le ofrece el producto manufacturado y los acepta sin pestañear. Pero, basta que el artista le proponga una forma plástica inusual, para que rápidamente la condene sin miramientos.

Pero la escultura en el espacio exterior no sólo se justifica por su valor intrínseco, sino que también como un testimonio visual que refleja las circunstancias históricas en que se desenvuelve la vida humana, dejando un legado artístico a los hombres que la habitarán en el futuro. La afirmación de que la ciudad sin obras de arte es una ciudad sin historia es plenamente válida. La escultura contribuye a enriquecer los espacios urbanos que, en su polidimensionalidad, atraen e invitan al volumen a crear su propio espacio, modificando el que lo circunda, rompiendo la homogeneidad de los sitios públicos, la monotonía de sus calles y la soledad de sus avenidas.

¿Por qué el escultor no podría trabajar al unísono con el urbanista y el arquitecto? ¿Habrá que seguir esperando el llamado a concurso de una institución pública o privada que invite al escultor a participar como "convitado de piedra" en lo que debiera ser un proyecto común de todos los artistas? Es preciso romper de una vez por todas el artificial confinamiento de las actividades artísticas en compartimientos estancos. ¡Hasta cuándo la escultura seguirá siendo la gran olvidada!